

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LXI, número 14 (2.862)

Ciudad del Vaticano

7 de abril de 2024

Toda vida humana debe ser acogida, protegida y amada



Celebraciones de Semana Santa y Pascua en páginas 2-8

Triduo Santo: Jueves Santo

Las lágrimas y la sonrisa



ALESSANDRO GISOTTI

¿Por qué lloramos? Puede haber muchas razones: ira, alegría, conmoción. Lo que es seguro es que si las lágrimas salen de los ojos, es del corazón de donde nacen. Y por eso las lágrimas jamás dejan indiferente, tocan el corazón de quien las ve.

Es lo que ocurrió ayer, cuando el Papa Francisco lavó los pies a doce presas durante la Misa In Coena Domini celebrada en la cárcel de mujeres de Rebibbia, en Roma.

Algunas de ellas, ante el Papa anciano que caminaba en silla de ruedas, les lavó los pies y luego se los besó, rompieron a llorar. Un llanto conmovido, que parecía liberador, en un lugar que por definición circunscribe la libertad. Ciertamente, un llanto que brotaba del corazón.

No sabemos qué pensamientos pasaban por su cabeza en esos momentos, qué emociones, qué imágenes de una vida dura, lastrada por tantas caídas.

Tampoco lo sabía el Papa en aquel momento. Las lágrimas son un don, nos ha dicho tantas veces en estos primeros once años de su Pontificado. Las lágrimas son también un misterio. En esas pequeñas gotas, que saben saladas

pero dejan un sabor amargo en la boca, hay en el fondo el condensado de una vida. Un misterio dentro de otro misterio son las lágrimas de Jesús. ¿No nos hemos preguntado al menos una vez, leyendo los Evangelios, por qué el Señor lloró ante la tumba de su amigo Lázaro, sabiendo que pronto le devolvería la vida? ¿Y no hemos sentido profunda emoción y asombro al leer sus lágrimas al contemplar Jerusalén y las de la dramática noche de Getsemaní, cuando sudó gotas como de sangre?

Esas lágrimas son verdaderamente un misterio que sólo podemos tocar con el sentido de la fe. Sin embargo, es precisamente ese acto tan humano el que hace a Jesús tan cercano a los que sufren

en este y en todos los tiempos. Cada madre que llora por un hijo enviado a la guerra por hombres ahora incapaces de llorar puede sentirse comprendida por Aquel que derramó lágrimas por los que amaba. Todo padre que lucha cada día por llevar el pan a casa para sus hijos, y tal vez llora en secreto para no ser visto por ellos, puede reconocer que el Hijo de Dios derramó lágrimas como él. Y así puede comprenderle.

A las lágrimas de aquellas mujeres que encontró en Rebibbia, el Obispo de Roma respondió con una sonrisa llena de ternura.

Es la sonrisa del pastor que ama a sus ovejas, especialmente a las que creía perdidas.

Es la sonrisa del padre que abraza al hijo pródigo esperado con pa-

ciencia, como tantos padres que aún hoy no se cansan de esperar el regreso de sus hijos perdidos en los laberintos de nuestra sociedad.

Pero esa sonrisa del Papa Francisco -en un mundo herido por tantos miedos y violencias que esperábamos relegadas a la historia- es para todos nosotros.

Es una sonrisa que da esperanza y testimonia el amor de Dios. Un amor rico en misericordia, de un Padre que "nunca se cansa de perdonar".

Y que necesitamos hoy más que nunca, porque como nos enseña el Viernes Santo: sólo si sabemos perdonar y aceptar el perdón de los demás podremos creer de verdad que la muerte no tiene la última palabra.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non procelebunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
director editorial
ANDREA MONDA
director
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redazione.osservatoreromano.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58.00; Europa (España + IVA): € 100.00 - \$ 148.00; América Latina, África, Asia: € 110.00 - \$ 160.00; América del Norte, Oceanía: € 162.00 - \$ 240.00.

Administración: 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono + 39 06 698 99 45450/45451/45454 fax + 39 06 698 45456,
e-mail: info.or@spc.va - diffusione.or@spc.va

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.;
teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 5518 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú;
teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Triduo Sacro en Vaticano: Viernes Santo

Via Crucis 2024: “En oración con Jesús en el camino de la cruz”

Publicamos a continuación las meditaciones compuestas por el Papa Francisco para el Via Crucis del Viernes Santo que, como todos los años, tuvo lugar en la tarde, en el Coliseo en Roma.

Introducción

Señor Jesús, al mirar tu cruz comprendemos tu entrega total por nosotros. Te consagramos y ofrecemos este tiempo. Queremos pasarlo junto a ti, que rezaste desde el Getsemaní hasta el Calvario. En el Año de la oración nos unimos a tu camino orante. Del Evangelio según san Marcos (14,32-37)

Llegaron a una propiedad llamada Getsemaní [...]. Después llevó con él a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y a angustiarse. Entonces les dijo “[...] Quédense aquí velando”. Y adelantándose un poco, se postró en tierra y decía: “Abba -Padre- todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Después volvió y encontró a sus discípulos dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: “[...] ¿No has podido quedarte despierto ni siquiera una hora?”.

Señor, tú preparabas con la oración cada una de tus jornadas, y ahora en Getsemaní preparas la Pascua. Y orabas diciendo Abba -Padre- todo te es posible, porque la oración es ante todo diálogo e intimidad, pero es también lucha y petición: ¡aleja de mí este cáliz! Así mismo, es entrega confiada y don: Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Así, orante, entraste por la puerta estrecha de nuestro dolor y la atravesaste hasta el final. Tu viste «temor y angustia» (Mc 14,33): temor frente a la muerte, angustia bajo el peso de nuestros pecados, que cargaste sobre ti, mientras te invadía una amargura infinita. Sin embargo, en lo más duro de la lucha oraste «más intensamente» (Lc 22,44). De esta manera, transformaste la violencia del dolor en ofrenda de amor.

Nos pides una sola cosa: quedarnos contigo y velar. No nos pides lo imposible, sino que permanezcamos cerca de ti. Y, sin embargo, ¡cuántas veces me he alejado de ti! Cuántas veces, como los discípulos, en lugar de velar, me dormí, cuántas veces no tuve tiempo o ganas de rezar, porque estaba cansado, anestesiado por la comodidad o con el alma adormecida. Jesús, vuelve a repetirme a mí, vuelve a repetirnos a nosotros, que somos tu Iglesia: «Levántense y oren» (Lc 22,46). Despiértanos, Señor, sacude el letargo de nuestros corazones, porque también hoy, sobre todo hoy, necesitas nuestra oración.

1. Jesús es condenado a muerte

El Sumo Sacerdote, poniéndose de pie ante la asamblea, interrogó a Jesús: «¿No respondes nada a lo que estos atestiguan contra ti?». El permanecía en silencio y no respondía nada. [...] Pilato lo interrogó nuevamente: «¿No respondes nada? ¡Mira de todo lo que te acusan!». Pero Jesús ya no respondió a nada más, y esto dejó muy admirado a Pilato (Mc 14,60-61;15,4-5).

Jesús, tú eres la vida, pero te condenan a muerte; eres la verdad y sin embargo eres víctima de un falso proceso. Pero, ¿por qué no te rebelas? ¿Por qué no levantas la voz y explicas cuáles son tus propias razones? ¿Por qué no rebates a los sabios y a los poderosos como siempre lo has hecho? Jesús, tu actitud desconcierta; en el momento decisivo no hablas, sino callas. Porque cuanto más fuerte es el mal, más radical es tu respuesta. Y tu respuesta es el silencio. Pero tu silencio es fecundo: es oración, es mansedumbre, es perdón, es la vía para redimir el mal, para convertir tus sufrimientos en un don que nos ofreces. Jesús, me doy cuenta de que apenas te conozco porque conozco poco tu silencio, porque en el frenesí de las prisas y del hacer, absorbido por las cosas, atrapado por el miedo de no mantenerme a flote o por el afán de querer ponerme siempre en el centro, no encuentro tiempo para detenerme y quedarme contigo; para permitirte a ti, Palabra del Padre, obrar en silencio. Jesús, tu silencio me estremece, me enseña que la oración no nace de los labios que se mueven, sino de un corazón que sabe escuchar. Porque rezar es hacerse dócil a tu Palabra, es adorar tu presencia.

Oremos diciendo: Háblame al corazón, Jesús

Tú que respondes al mal con el bien Háblame al corazón, Jesús

Tú que apagas los gritos con la mansedumbre Háblame al corazón, Jesús

Tú que detestas la murmuración y los reproches Háblame al corazón, Jesús

Tú que me conoces íntimamente Háblame al corazón, Jesús

Tú que me amas más de cuanto yo pueda amarte Háblame al corazón, Jesús

2. Jesús carga la cruz

Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.

Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados (1 P 2,24).

Jesús, nosotros también cargamos

nuestras cruces, a veces muy pesadas: una enfermedad, un accidente, la muerte de un ser querido, una decepción amorosa, un hijo que se perdió, la falta de trabajo, una herida interior que no cicatriza, el fracaso de un proyecto, una esperanza más que se malogra... Jesús, ¿cómo rezar ahí? ¿Cómo hacerlo cuando me siento aplastado por la vida, cuando un peso oprime mi corazón, cuando estoy bajo presión y ya no tengo fuerzas para reaccionar? Tu respuesta se encuentra en una invitación: «Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré» (Mt 11,28). Ir a ti; yo, en cambio, me encierro en mí mismo, rumiando mentalmente, escarbando en el pasado, quejándome, hundiéndome en el victimismo, paladín de negatividad. Vengan a mí; no te ha parecido suficiente decírmelo, sino que has venido a nosotros para tomar nuestra cruz sobre tus hombros, y quitarnos su peso. Esto es lo que deseas: que descarguemos en ti nuestros cansancios y sinsabores, porque quieres que en ti nos sintamos libres y amados. Gracias, Jesús. Uno mi cruz a la tuya, te traigo mi fatiga y mis miserias, pongo en ti todo el agobio que tengo en mi corazón.

Oremos diciendo: Acudo a ti, Señor Con mi historia personal Acudo a ti, Señor

Con mis cansancios Acudo a ti, Señor

Con mis límites y mis fragilidades Acudo a ti, Señor

Con mis miedos Acudo a ti, Señor

Confiando sólo en tu amor Acudo a ti, Señor

3. Jesús cae por primera vez

Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12,24).

Jesús, has caído. ¿En qué piensas?, ¿cómo rezas postrado rostro en tierra? Pero, sobre todo, ¿qué es lo que te da fuerzas para volver a levantarte?

Mientras estás boca abajo en el suelo y ya no puedes ver el cielo, te imagino repitiendo en tu corazón: Padre, que estás en los cielos. La mirada amorosa del Padre posada en ti es tu fuerza.

Pero imagino también que, mientras besas la tierra árida y fría, piensas en el hombre, sacado de la tierra, piensas en nosotros, que estamos en el centro de tu corazón; y que repites las palabras de tu testamento: «Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes»



(Lc 22,19). El amor del Padre por ti y el tuyo por nosotros: el amor, ese es el estímulo que te hace levantarte y seguir adelante. Porque el que ama no se queda derrumbado, sino que vuelve a empezar; el que ama no se cansa, sino que corre; el que ama vuela. Jesús mío, siempre te pido muchas cosas, pero necesito sólo una: saber amar. Caeré en la vida, pero con amor podré volver a levantarme y seguir adelante, como hiciste tú, que tienes experiencia en las caídas. Tu vida, en efecto, ha sido una caída continua hacia nosotros: de Dios a hombre, de hombre a siervo, de siervo a crucificado, hasta el sepulcro; caíste en la tierra como semilla que muere, caíste para levantarnos de la tierra y llevarnos al cielo. Tú que levantas del polvo y reavivas la esperanza, dame la fuerza para amar y volver a empezar.

Oremos diciendo: Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar Cuando prevalece la desilusión Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando el juicio de los demás se abate sobre mí Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando las cosas no van bien y me vuelvo intolerante Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando siento que ya no puedo más Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando me oprime el pensamiento de que nada cambiará Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

4. Jesús encuentra a su madre

Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús [...] dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el

Triduo Sacro en Vaticano: Viernes Santo

En oración con Jesús e

VIENE DE LA PÁGINA 3

discípulo la recibió en su casa (Jn 19,26-27).

Jesús, los tuyos te han abandonado; Judas te ha traicionado, Pedro te ha negado. Te has quedado solo con la cruz, pero ahí está tu madre. No hacen falta palabras, son suficientes sus ojos que saben mirar de frente al sufrimiento y asumirlo. Jesús, en la mirada de María, llena de lágrimas y de luz, encuentras el grato recuerdo de su ternura, de sus caricias, de sus brazos amorosos que siempre te han acogido y sostenido. La mirada de la propia madre es la mirada de la memoria, que nos cimienta en el bien. No podemos prescindir de una madre que nos dé a luz, pero tampoco de una madre que nos encarrile en el mundo. Tú lo sabes y desde la cruz nos entregas a tu propia madre. Aquí tienes a tu madre, dices al discípulo, a cada uno de nosotros. Después de la Eucaristía, nos das a María, tu último don antes de morir. Jesús, tu camino fue consolado por el recuerdo de su amor; también mi camino necesita cimentarse en la memoria del bien. Sin embargo, me doy cuenta de que mi oración es pobre en memoria: es rápida, apresurada; con una lista de necesidades para hoy y mañana. María, detén mi carrera, ayúdame a hacer memoria: a custodiar la gracia, a recordar el perdón y las maravillas de Dios, a reavivar el primer amor, a saborear de nuevo las maravillas de la providencia, a llorar de gratitud.

Oremos diciendo: Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando vuelven a aparecer las heridas del pasado Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando pierdo el sentido y el rumbo de las cosas Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando pierdo de vista los dones que he recibido Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando pierdo de vista el don de mi propio ser Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando me olvido de agradecer Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

5. Jesús es ayudado por el Cirineo

Cuando [los soldados] lo llevaban, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús (Lc 23,26).

Jesús, cuántas veces, frente a los retos de la vida, presumimos de lograr hacer todo sólo con nuestras propias fuerzas. ¡Qué difícil nos resulta pedir ayuda, ya sea por miedo a dar la im-

presión de que no estamos a la altura de las circunstancias, o porque siempre nos preocupamos por quedar bien y lucirnos! No es fácil confiar, y menos aún abandonarse. En cambio, quien reza es porque está necesitado, y tú, Jesús, estás acostumbrado a abandonarte en la oración. Por eso no desdeñas la ayuda del Cirineo. Le muestras tus fragilidades a un hombre sencillo, a un campesino que vuelve del campo. Gracias porque, al dejarte ayudar en tu necesidad, borras la imagen de un dios invulnerable y lejano. Tú no te muestras imbatible en el poder, sino invencible en el amor, y nos enseñas que amar significa socorrer a los demás precisamente allí, en las debilidades de las que se avergüenzan. De este modo, las fragilidades se transforman en oportunidades. Fue lo que le sucedió a Cirineo: tu debilidad cambió su vida y un día se daría cuenta de que había ayudado a su Salvador, de que había sido redimido por medio de esa cruz que cargó. Para que mi vida también cambie, te ruego, Jesús: ayúdame a bajar mis defensas y a dejarme amar por ti; justo ahí, donde más me avergüenzo de mí mismo.

Oremos diciendo: Sáname, Jesús

De toda presunción de autosuficiencia Sáname, Jesús

De creer que puedo prescindir de ti y de los demás Sáname, Jesús

Del afán de perfeccionismo Sáname, Jesús

De la reticencia a entregarte mis miserias Sáname, Jesús

De la prisa mostrada ante los necesitados que encuentro

en mi camino Sáname, Jesús

6. Jesús recibe el consuelo de la Verónica que le enjuga el rostro

Bendito sea Dios [...] Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo [...]. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo (2 Co 1,3-5).

Jesús, son tantos los que asisten al bárbaro espectáculo de tu ejecución y, sin conocerte y sin saber la verdad, emiten juicios y condenas, arrojando sobre ti infamia y desprecio. Sucede también hoy, Señor, y ni siquiera es necesario un cortejo macabro; basta un teclado para insultar y publicar condenas. Pero mientras tantos gritan y juzgan, una mujer se abre paso entre la multitud. No habla, actúa. No protesta, se compadece. Va contra la corriente, sola, con la valentía de la

compasión; se arriesga por amor, encuentra la manera de pasar entre los soldados sólo para brindarte el consuelo de una caricia en el rostro. Su gesto pasará a la historia y como un gesto de consuelo. ¡Cuántas veces habré invocado tu consuelo, Jesús! Y ahora la Verónica me recuerda que tú también lo necesitas. Tú, Dios cercano, pides mi cercanía; tú, consolador mío, quieres ser consolado por mí. Amor no amado, buscas aún hoy entre la multitud corazones sensibles a tu sufrimiento, a tu dolor. Buscas verdaderos adoradores, que en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23) permanezcan contigo (cf. Jn 15), Amor abandonado. Jesús, enciende en mí el deseo de estar contigo, de adorarte y consolarte. Y haz que yo, en tu nombre, sea consuelo para los demás.

Oremos diciendo: Hazme testigo de tu consuelo

Dios de misericordia, que te haces cercano a quien tiene el corazón herido Hazme testigo de tu consuelo

Dios de ternura, que te conmueves por nosotros Hazme testigo de tu consuelo

Dios de compasión, que detestas la indiferencia Hazme testigo de tu consuelo

Tú, que te entristeces cuando señalas con el dedo a los demás Hazme testigo de tu consuelo

Tú, que no has venido a condenar sino a salvar Hazme testigo de tu consuelo

7. Jesús cae por segunda vez bajo el peso de la cruz

[El hijo menor] recapacitó y dijo: Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: «Padre, pequé» [...]. Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: «Padre, pequé [...]; no merezco ser llamado hijo tuyo». Pero el padre dijo: [...] «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado» (Lc 15,17-18.20-22.24).

Jesús, la cruz pesa mucho; lleva en sí el peso de la derrota, del fracaso, de la humillación. Lo comprendo cuando me siento aplastado por las cosas, acosado por la vida e incomprendido por los demás; cuando siento el peso excesivo y exasperante de la responsabilidad y del trabajo, cuando me siento oprimido en las garras de la ansiedad, asaltado por la melancolía, mientras un pensamiento asfixiante me repite: no saldrás adelante, esta vez no te levantarás. Pero las cosas empeoran aún más. Me doy cuenta de que toco fondo cuando vuelvo a



caer, cuando recaigo en mis errores, en mis pecados, cuando me escandalizo de los demás y luego me doy cuenta de que yo no soy distinto de ellos. No hay nada peor que sentirse decepcionado de sí mismo, aplastado por los sentimientos de culpa. Pero tú, Jesús, caíste muchas veces bajo el peso de la cruz para estar a mi lado cuando yo caigo. Contigo la esperanza nunca se acaba, y después de cada caída nos volvemos a levantar, porque cuando me equivoco no te cansas de mí, sino que te acercas más a mí. Gracias porque me esperas; gracias, pues, aunque caiga muchas veces me perdonas siempre, siempre. Recuérdame que las caídas se pueden convertir en momentos cruciales del camino, porque me llevan a comprender que lo único que importa es que te necesito. Jesús, imprime en mi corazón la certeza más importante: que vuelvo a levantarme de verdad sólo cuando me levantas tú, cuando me liberas del pecado. Porque la vida no vuelve a empezar con mis palabras, sino con tu perdón.

Oremos diciendo: Levántame, Jesús

Cuando, paralizado por la desconfianza, siento tristeza y desesperación Levántame, Jesús

Cuando veo mi incapacidad y me siento inútil Levántame, Jesús

Cuando prevalecen la vergüenza y el miedo al fracaso Levántame, Jesús

Cuando tengo la tentación de perder la esperanza Levántame, Jesús

Cuando olvido que mi fortaleza está en tu perdón Levántame, Jesús

8. Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

en el camino de la cruz



Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él (Lc 23,27).

Jesús, ¿quién te acompaña hasta el final en tu camino de la cruz? No son los poderosos, que te esperan en el Calvario, ni los espectadores que se quedan lejos, sino la gente sencilla, grande a tus ojos, pero pequeña a los del mundo. Son esas mujeres, a las que has dado esperanza; que no tienen voz, pero se hacen oír. Ayúdanos a reconocer la grandeza de las mujeres, las que en Pascua te fueron fieles y no te abandonaron, las que aún hoy siguen siendo descartadas, sufriendo ultrajes y violencia. Jesús, las mujeres que encuentras se golpean el pecho y se lamentan por ti. No lloran por ellas, sino que lloran por ti, lloran por el mal y el pecado del mundo. Su oración hecha de lágrimas llega a tu corazón. ¿Acaso mi oración sabe llorar? ¿Me conmueve ante ti, crucificado por mí, ante tu amor bondadoso y herido? ¿Lloro por mis falsedades y mi inconstancia? Ante las tragedias del mundo, ¿mi corazón permanece frío o se conmueve? ¿Cómo reacciono ante la locura de la guerra, ante los rostros de los niños que ya no saben sonreír, ante sus madres que los ven desnutridos y hambrientos sin tener siquiera más lágrimas que derramar? Tú, Jesús, has llorado por Jerusalén, has llorado por la dureza de nuestros corazones. Sacúdeme por dentro, dame la gracia de llorar rezando y de rezar llorando.

Oremos diciendo: Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que conoces los secretos del corazón Jesús, ablanda mi corazón endu-

recido

Tú que te entristeces ante la dureza de los ánimos Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que amas los corazones contritos y humillados Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que enjugaste con el perdón las lágrimas de Pedro Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que transformas el llanto en canto Jesús, ablanda mi corazón endurecido

9. Jesús es despojado de sus vestiduras

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?» [...]. Les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,37-40).

Jesús, estas son las palabras que dijiste antes de la Pasión. Ahora comprendo esa insistencia tuya en identificarte con los necesitados: tú, encarcelado; tú, extranjero, conducido fuera de la ciudad para ser crucificado; tú, desnudo, despojado de tus vestidos; tú, enfermo y herido; tú, sediento en la cruz y hambriento de amor. Concédeme que pueda verte en los que sufren y que a los que sufren los pueda ver en ti, porque tú estás ahí, en quien está despojado de dignidad, en los cristos humillados por la prepotencia y la injusticia, por las ganancias injustas obtenidas a costa de los demás y ante la indiferencia general. Te miro, Jesús, despojado de tus vestiduras, y comprendo que me invitas a despojarme de tantas exterioridades vacías. Porque tú no miras las apariencias, sino el corazón. Y no quieres una oración estéril, sino fecunda en caridad. Dios despojado, ponme al descubierto también a mí. Porque es fácil hablar, pero luego, ¿te amo yo de verdad en los pobres, en tu carne herida? ¿Rezo por los que han sido despojados de dignidad? ¿O rezo sólo para cubrir mis propias necesidades y revestirme de seguridad? Jesús, tu verdad me deja al descubierto y me lleva a ocuparme de lo que importa: tú crucificado, y los hermanos crucificados. Concédeme que lo comprenda ahora, para que no me encuentre falto de amor cuando deba presentarme ante ti.

Oremos diciendo: Despójame, Señor Jesús

Del apego a las apariencias Despójame, Señor Jesús

De la armadura de la indiferencia

Despójame, Señor Jesús

Del creer que yo no tenga que socorrer a los demás Despójame, Señor Jesús

De un culto hecho de convencionalismo

y exterioridad Despójame, Señor Jesús

De la convicción de que en la vida todo está bien

si yo estoy bien Despójame, Señor Jesús

10. Jesús es clavado en la cruz

Cuando llegaron al lugar llamado «del Cráneo», lo crucificaron junto con los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,33-34).

Jesús, te perforan las manos y los pies con clavos, lacerando tu carne, y justo ahora, mientras el dolor físico se hace más insoportable, brota de tus labios la oración imposible, perdonas al que te está hundiendo los clavos en las muñecas. Y no sólo una vez, sino muchas veces, como recuerda el Evangelio, con ese verbo que indica una acción repetida, decías "Padre, perdona". Por eso, contigo, Jesús, también yo puedo encontrar el valor de elegir el perdón que libera el corazón y relanza la vida. Señor, no te basta con perdonarnos, sino también nos justificas ante el Padre: no saben lo que hacen. Toma nuestra defensa, hazte nuestro abogado, intercede por nosotros. Ahora que tus manos, con las que bendecías y curabas, están clavadas, y tus pies, con los que traías la buena nueva, ya no pueden caminar, ahora, en la impotencia, nos revelas la omnipotencia de la oración. En la cumbre del Gólgota nos revelas la altura de la oración de intercesión que salva al mundo. Jesús, que yo no rece sólo por mí y por mis seres queridos, sino también por los que no me quieren y me hacen daño; que yo rece según los deseos de tu corazón, por los que están lejos de ti; reparando e intercediendo en favor de los que, ignorándote, no conocen la alegría de amarte y de ser perdonados por ti.

Oremos diciendo: Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por la dolorosa pasión de Jesús Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por el poder de sus llagas Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por su perdón en la cruz Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por cuantos perdonan por amor a ti Padre, ten misericordia de nosotros y

del mundo entero

Por la intercesión de los que creen, adoran, esperan y te aman Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

11. El grito de abandono de Jesús en la cruz

Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, las tinieblas cubrieron toda la región. Hacia las tres de la tarde, Jesús exclamó en alta voz: «Elí, Elí, lemá sabactani», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,45-46).

Jesús, he aquí una oración sin precedentes: clamas al Padre tu abandono. Tú, Dios del cielo, que no replicas estuendosamente ninguna respuesta, sino que preguntas ¿por qué? En el ápice de la Pasión experimentas el alejamiento del Padre y ya ni siquiera le llamas Padre, como haces siempre, sino Dios, como si fueras incapaz de identificar su rostro. ¿Por qué? Para sumergirte hasta el fondo del abismo de nuestro dolor. Tú lo hiciste por mí, para que cuando sólo vea tinieblas, cuando experimente el derrumbamiento de las certezas y el naufragio del vivir, ya no me sienta solo, sino que crea que tú estás ahí conmigo; tú, Dios de la comunión, experimentaste el abandono para no dejarme más como rehén de la soledad. Cuando gritaste tu por qué, lo hiciste con un salmo; así convertiste en oración incluso la desolación más extrema. Esto es lo que hay que hacer en las tormentas de la vida; en vez de callar y aguantar, clamar a ti. Gloria a ti, Señor Jesús, porque no has huido de mi desolación, sino que la has habitado hasta lo más profundo. Alabanza y gloria a ti que, cargando sobre ti toda lejanía, te has hecho cercano a los más alejados de ti. Y yo, en las tinieblas de mis porqués, te encuentro a ti, Jesús, luz en la noche. Y en el grito de tantas personas solas y excluidas, oprimidas y abandonadas, te veo a ti, Dios mío: haz que te reconozca y te ame.

Oremos diciendo: Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los niños no nacidos y en aquellos abandonados Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En tantos jóvenes, en espera de que alguien oiga su grito de dolor Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los numerosos ancianos descartados Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los prisioneros y en quien se encuentra solo Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los pueblos más explotados y olvi-

Triduo Sacro en Vaticano: Viernes Santo

En oración con Jesús en el camino de la cruz

VIENE DE LA PÁGINA 5

dados Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

12. Jesús muere encomendándose al Padre y concediéndole el Paraíso al buen ladrón

[Uno de los malhechores crucificados] decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Él le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» [...]. Jesús, con un grito, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró (Lc 23,42-43.46).

Jesús, ¡un malhechor va al Paraíso! Él se encomienda a ti y tú lo encomiendas contigo al Padre. Dios de lo imposible, que haces santo a un ladrón. Y no sólo eso: en el Calvario cambias el curso de la historia. Conviertes la cruz, que es emblema del tormento, en icono del amor; cambias el muro de la muerte en puente hacia la vida. Transformas la oscuridad en luz, la separación en comunión, el dolor en danza e incluso el sepulcro última estación de la vida en punto de partida de la esperanza. Pero estas transformaciones las realizas con nosotros, nunca sin nosotros. Jesús, acuérdate de mí: esta oración sincera te permitió obrar maravillas en la vida de aquel malhechor. Qué poder inaudito el de la oración. A veces pienso que mi oración no es escuchada, mientras que lo esencial es perseverar, tener constancia, acordarme de decirte: "Jesús, acuérdate de mí". Acuérdate de mí y mi mal ya no será un final, sino un nuevo inicio. Acuérdate, vuelve a ponerme en tu corazón, incluso cuando me aleje, cuando me pierda en la rueda de la vida que gira vertiginosamente. Acuérdate de mí, Jesús, porque ser recordado por ti lo demuestra el buen ladrón es entrar en el Paraíso. Sobre todo, recuérdame, Jesús, que mi oración puede cambiar la historia.

Oremos diciendo: Jesús, acuérdate de mí

Cuando la esperanza desaparece y reina la desilusión Jesús, acuérdate de mí

Cuando no soy capaz de tomar una decisión Jesús, acuérdate de mí

Cuando pierdo la confianza en mí o

en los demás Jesús, acuérdate de mí

Cuando pierdo de vista la grandeza de tu amor Jesús, acuérdate de mí

Cuando creo que mi oración resulta inútil Jesús, acuérdate de mí

13. Jesús es bajado de la cruz y entregado a María

Simeón [...] dijo a María, la madre: «Este niño será causa de caída y de



elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón» (Lc 2,33-35).

María, después de tu "sí" el Verbo se hizo carne en tu seno; ahora yace en tu regazo su carne torturada. Aquel niño que tuviste en tus brazos ahora es un cadáver destrozado. Sin embargo, ahora, en el momento más doloroso, resplandece la ofrenda de ti misma: una espada atraviesa tu alma y tu oración sigue siendo un "sí" a Dios. María, nosotros somos pobres de "sies", pero ricos del "sí": si yo hubiera tenido mejores padres, si me hubieran comprendido y amado más, si mi carrera hubiera ido mejor, si no hubiera tenido aquel problema, si tan sólo no sufriera más, si Dios me escuchara... Preguntándonos siempre el porqué de las cosas, nos cuesta vivir el presente con amor. Tú tendrías tantos "sí" que decirle a Dios, en cambio, sigues diciendo "sí", se cumpla en mí. Fuerte en la fe, crees que el dolor, atravesado por el amor, da frutos de salvación; que el sufrimiento acompañado por Dios no tiene la última palabra. Y mientras sostienes en tus brazos a Jesús sin vida, resuenan en ti las últimas palabras que te dirigió: He aquí a tu hijo. Madre, ¡yo soy ese hijo! Recíbeme en tus brazos e inclínate sobre mis heridas. Ayúdame a decirle "sí" a Dios, "sí" al amor. Madre de misericordia, vivimos en un tiempo despiadado y necesitamos compasión: tú, tierna y fuerte, úngenos con mansedumbre; deshaz las resistencias del corazón y los nudos del alma.

Oremos diciendo: Tómame de la mano, María

Cuando cedo a la recriminación y al victimismo Tómame de la mano, María

Cuando dejo de luchar y acepto convivir con mis falsedades Tómame de la mano, María

Cuando titubeo y no tengo el valor de decirle "sí" a Dios Tómame de la mano, María

Cuando soy indulgente conmigo mismo e inflexible con los demás Tómame de la mano, María

Cuando quiero que la Iglesia y el mundo cambien, pero yo no cambio Tómame de la mano, María

14. Jesús es depositado en el sepulcro de José de Arimatea

Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús, y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. [...] José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo

depositó en un sepulcro nuevo que se había hecho cavar en la roca (Mt 27,57-60).

José, ese es el nombre que, junto con el de María, marcan la aurora de la Navidad y marcan también la aurora de la Pascua. José de Nazaret advertido en sueños se llevó audazmente a Jesús para salvarlo de Herodes; tú, José de Arimatea, te llevas su cuerpo, sin saber que un sueño imposible y maravilloso se hará realidad allí mismo, en el sepulcro que le diste a Cristo cuando pensabas que él ya no podía hacer nada más por ti. En cambio, es verdad que todo don hecho a Dios es recompensado siempre por él. José de Arimatea, eres el profeta del valor intrépido. Para entregarle tu regalo a un muerto acudes al temido Pilato y le ruegas que te permita darle a Jesús la tumba que habías mandado a construir para ti. Tu oración es persistente y a las palabras siguen los hechos. José, recuérdanos que la oración perseverante da fruto y atraviesa incluso las tinieblas de la muerte; que el amor no se queda sin respuesta, sino que regala nuevos comienzos. Tu sepulcro, que único en la historia será fuente de vida, era nuevo, recién labrado en la roca. Y yo, ¿qué cosa nueva le doy a Jesús en esta Pascua? ¿Un poco de tiempo para estar con Él? ¿Un poco de amor a los demás? ¿Mis miedos y miserias enterradas, que Cristo está esperando que le ofrezca, como tú, José, hiciste con el sepulcro? Será verdaderamente Pascua si doy algo de lo mío a Aquel que dio la vida por mí; porque es dando como se recibe; y porque la vida se encuentra cuando se pierde y se posee cuando se da.

Oremos diciendo: Señor, ten piedad De mí, negligente para convertirme Señor, te piedad

De mí, que me gusta recibir mucho, pero dar poco Señor, te piedad

De mí, incapaz de rendirme a tu amor Señor, te piedad

De nosotros, rápidos para servirnos de las cosas, pero lentos para el servicio a los demás Señor, te piedad

De nuestro mundo, plagado de los sepulcros de nuestro egoísmo Señor, te piedad

Invocación conclusiva (el nombre de Jesús, 14 veces)

Señor, te rogamos como los necesita-

dos, los frágiles y los enfermos del Evangelio, que te suplicaban con la palabra más sencilla y familiar: pronunciando tu nombre.

Jesús, tu nombre salva, porque tú eres nuestra salvación.

Jesús, tú eres mi vida y para no perderme en el camino te necesito a ti, que perdonas y levantas, que sanas mi corazón y das sentido a mi dolor.

Jesús, tú tomaste sobre ti mi maldad, y desde la cruz no me señalas con el dedo, sino que me abrazas; tú, manso y humilde de corazón, sáname de la amargura y del resentimiento, líbrame del prejuicio y de la desconfianza.

Jesús, te contemplo en la cruz y veo que se despliega ante mis ojos el amor, que da sentido a mi ser y es meta de mi camino. Ayúdame a amar y a perdonar, a vencer la intolerancia y la indiferencia, a no quejarme.

Jesús, en la cruz tienes sed, es sed de mi amor y de mi oración; los necesitas para llevar a cabo tus planes de bien y de paz.

Jesús, te doy gracias por los que responden a tu invitación y tienen la perseverancia de rezar, la valentía de creer y la constancia para seguir adelante a pesar de las dificultades.

Jesús, te encomiendo a los pastores de tu pueblo santo: su oración sostiene el rebaño; que encuentren tiempo para estar ante ti y que asemejen su corazón al tuyo.

Jesús, te bendigo por las contemplativas y los contemplativos, cuya oración, oculta al mundo, es agradable a ti. Protege a la Iglesia y a la humanidad.

Jesús, traigo ante ti las familias y las personas que han rezado esta noche desde sus casas; a los ancianos, especialmente a los que están solos; a los enfermos, gemas de la Iglesia que unen sus sufrimientos a los tuyos.

Jesús, que esta oración de intercesión abraza a los hermanos y hermanas de tantas partes del mundo que sufren persecución a causa de tu nombre; a los que padecen la tragedia de la guerra y a los que, sacando fuerzas de ti, cargan con pesadas cruces.

Jesús, por tu cruz has hecho de todos nosotros una sola cosa: reúne en comunión a los creyentes, infúndenos sentimientos fraternos y pacientes, ayúdanos a cooperar y a caminar juntos; mantén a la Iglesia y al mundo en la paz.

Jesús, juez santo que me llamarás por mi nombre, líbrame de juicios temerarios, chismes y palabras violentas y ofensivas.

Jesús, que antes de morir dijiste "todo se ha cumplido". Yo, en mi miseria, no podré decirlo nunca. Pero confío en ti, porque eres mi esperanza, la esperanza de la Iglesia y del mundo.

Jesús, una palabra más quiero decirte y seguir repitiéndote: ¡Gracias! Gracias, Señor mío y Dios mío.

Triduo Sacro en Vaticano: Sábado Santo

Homilía de la Vigilia Pascual en la Basílica Vaticana

Que la fuerza del Señor resucitado libere los corazones de las piedras del egoísmo y del odio

La fuerza del Resucitado libera los corazones de los peñascos del egoísmo y del odio. Lo aseguó el Papa Francisco durante la Vigilia Pascual de la Nochebuena, celebrada la noche del sábado 30 de marzo en la basílica vaticana. Comenzando en el atrio del templo con la bendición del fuego y la preparación del cirio pascual, el rito continuó con la procesión hasta el altar, con el cirio pascual encendido y el canto del "Exultet", y las posteriores Liturgias de la Palabra y del Bautismo. Durante esta última, el Pontífice administró los sacramentos de la iniciación cristiana a ocho catecúmenos. Publicamos la homilía pronunciada por el Obispo de Roma tras la proclamación del Evangelio.

Las mujeres van al sepulcro a la luz del amanecer, pero dentro de sí llevan aún la oscuridad de la noche. Aunque van de camino, siguen paralizadas, su corazón se ha quedado a los pies de la cruz. Su vista está nublada por las lágrimas del Viernes Santo, se encuentran inmobilizadas por el dolor, están encerradas en la sensación de que se ha terminado todo, y que el acontecimiento de Jesús ha sido ya sellado con una piedra. Y es precisamente la piedra la que está en el centro de sus pensamientos. Se preguntan: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?» (Mc 16,3). Cuando llegan al lugar, sin embargo, la fuerza sorprendente de la Pascua las impacta: «al mirar —dice el texto—, vieron que la piedra había sido corrida; era una piedra muy grande» (Mc 16,4).

Detengámonos, queridos hermanos y hermanas, a considerar estos dos momentos, que nos llevan a la alegría inaudita de la Pascua: en primer lugar, las mujeres se preguntan angustiadas *quién nos correrá la piedra*, en segundo lugar, *al mirar*, ven que *ya había sido corrida*.

Para empezar —primer momento— está la pregunta que abrumba su corazón partido por el dolor: *¿quién nos correrá la piedra del sepulcro?* Esa piedra representa el final de la historia de Jesús, sepultada en la oscuridad de la muerte. Él, la vida que vino al mundo, ha muerto; Él, que manifestó el amor misericordioso del Padre, no recibió misericordia; Él, que alivió a los pecadores del yugo de la condena, fue condenado a la cruz. El Príncipe de la paz, que liberó a una adúltera de la furia violenta de las piedras, yace en el sepulcro detrás de una gran piedra.

Aquella roca, obstáculo infranqueable, era el símbolo de lo que las mujeres llevaban en el corazón, el final de su esperanza. Todo se había hecho pedazos contra esta losa, con el misterio oscuro de un trágico dolor que había impedido hacer realidad sus sueños.

Hermanos y hermanas, esto nos puede suceder también a nosotros. A veces sentimos que una lápida ha sido colocada pesadamente en la entrada de nuestro corazón, sofocando la vida, apagando la confianza, encerrándonos en el sepulcro de los miedos y de las amarguras, bloqueando el camino hacia la alegría y la esperanza. Son

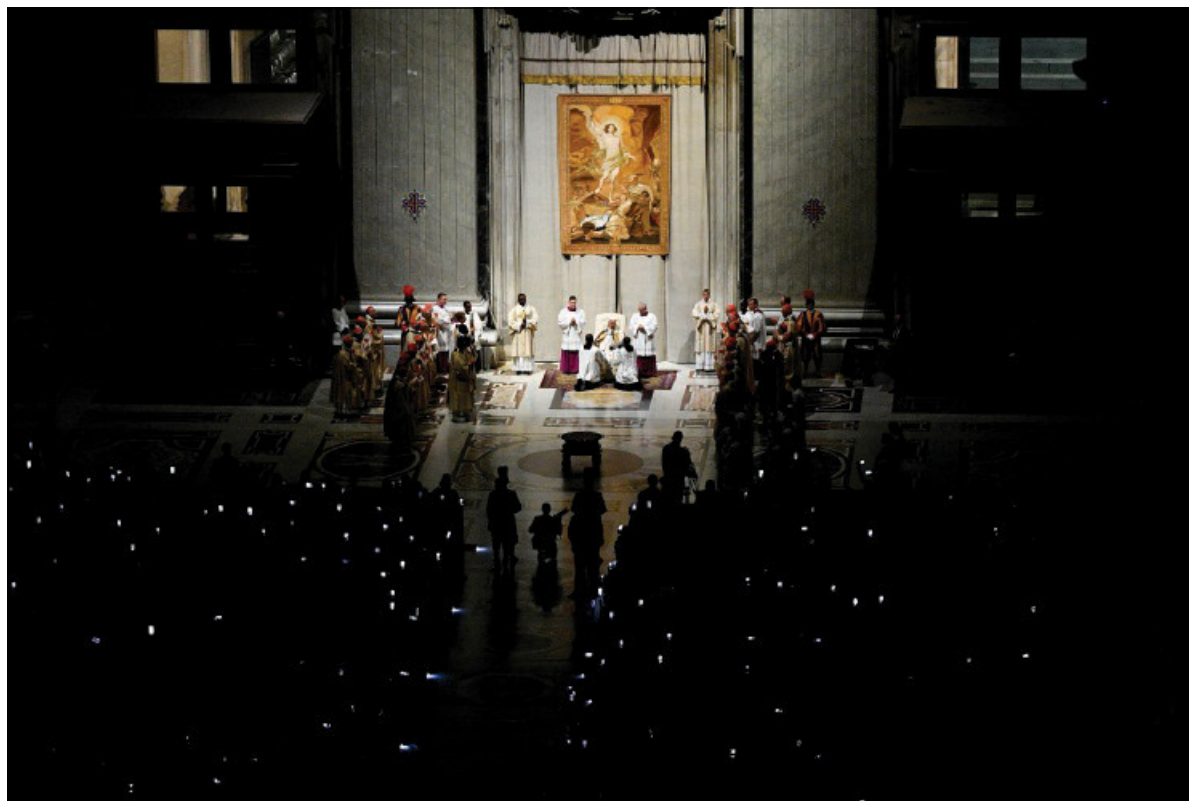
¿quién nos correrá la piedra del sepulcro?

Y, sin embargo, aquellas mismas mujeres que tenían la oscuridad en el corazón nos testifican algo extraordinario: *al mirar, vieron que la piedra había sido corrida; era una piedra muy grande*. Es la Pascua de Cristo, la fuerza de Dios, la victoria de la vida sobre la muerte, el triunfo de la luz sobre las tinieblas, el renacimiento de la esperanza entre los escombros del fracaso. Es el Señor, el Dios de lo imposible que, para siempre, hizo correr la piedra y comenzó a abrir nuestros corazones, para que la esperanza no tenga fin. Hacia Él, en-

do, un sentido que no está contaminado por el absurdo y la oscuridad, un sentido que nosotros llamamos Dios. Hacia Él confluyen todas las aguas de nuestra transformación; estas no se hunden en los abismos de la nada y del absurdo porque su sepulcro está vacío y Él, que estaba muerto, se ha mostrado como viviente» (K. Rahner, *Che cos'è la risurrezione? Meditazione sul Venerdì santo e sulla Pasqua*, Brescia 2005, 33-35).

Hermanos y hermanas, Jesús es nuestra Pascua, Él es Aquel que nos hace pasar de la oscuridad a la luz, que se ha unido a nosotros para siempre y nos salva de los abismos del pecado y de la muerte, atrayéndonos hacia el ímpetu luminoso del perdón y de la vida eterna. Hermanos y hermanas, mirémoslo a Él, acojamos a Jesús, Dios de la vida, en nuestras vidas, renovémosle hoy nuestro "sí" y ningún escollo podrá sofocar nuestro corazón, ninguna tumba podrá encerrar la alegría de vivir, ningún fracaso podrá llevarnos a la desesperación. Hermanos y hermanas, mirémoslo a Él y pidámosle que la potencia de su resurrección corra las rocas que oprimen nuestra alma. Mirémoslo a Él, el Resucitado, y caminemos con la certeza de que en el trasfondo oscuro de nuestras expectativas y de nuestra muerte está ya presente la vida eterna que Él vino a traer.

Hermana, hermano, deja que tu corazón estalle de júbilo en esta noche, en esta noche santa. Cantemos la resurrección de Jesús juntos: «Cantadlo, cantadlo todos, ríos y llanuras, desiertos y montañas [...] cantad al Señor de la vida que surge desde la tumba, más brillante que mil soles. Pueblos destruidos por el mal y golpeados por la injusticia, pueblos sin tierra, pueblos mártires, alejad en esta noche los cantores de la desesperación. El varón de dolores ya no está en prisión, ha abierto una brecha en el muro, se da prisa por llegar hasta nosotros. Que nazca de la oscuridad el grito inesperado: está vivo, ha resucitado. Y vosotros, hermanos y hermanas, pequeños y grandes [...] vosotros en el esfuerzo de vivir, vosotros que os sentís indignos de cantar [...] que una llama nueva atraviese vuestro corazón, que un frescor nuevo invada vuestra voz. Es la Pascua del Señor —hermanos y hermanas— es la fiesta de los vivientes» (J.-Y. Quéllec, *Dieu par la face nord*, Ottignies 1998, 85-86).



“escollos de muerte” y los encontramos, a lo largo del camino, en todas las experiencias y situaciones que nos roban el entusiasmo y la fuerza para seguir adelante; en los sufrimientos que nos asaltan y en la muerte de nuestros seres queridos, que dejan en nosotros vacíos imposibles de colmar; los encontramos en los fracasos y en los miedos que nos impiden realizar el bien que deseamos; los encontramos en todas las cerrazones que frenan nuestros impulsos de generosidad y no nos permiten abrirnos al amor; los encontramos en los muros del egoísmo y de la indiferencia, que repelen el compromiso por construir ciudades y sociedades más justas y dignas para el hombre; los encontramos en todos los anhelos de paz quebrantados por la crueldad del odio y la ferocidad de la guerra. Cuando experimentamos estas desilusiones, tenemos la sensación de que muchos sueños están destinados a hacerse añicos y también nosotros nos preguntamos angustiados:

entonces, también nosotros debemos mirar.

Y ahora —el segundo momento— *miremos a Jesús*. Él, después de haber asumido nuestra humanidad, bajó a los abismos de la muerte y los atravesó con la potencia de su vida divina, abriendo una brecha infinita de luz para cada uno de nosotros. Resucitado por el Padre en su carne, que también es la nuestra con la fuerza del Espíritu Santo, abrió una página nueva para la humanidad. Desde aquel momento, si nos dejamos llevar de la mano por Jesús, ninguna experiencia de fracaso o de dolor, por más que nos hiera, puede tener la última palabra sobre el sentido y el destino de nuestra vida. Desde aquel momento, si nos dejamos aferrar por el Resucitado, ninguna derrota, ningún sufrimiento, ninguna muerte podrá detener nuestro camino hacia la plenitud de la vida. Desde aquel momento, “nosotros los cristianos decimos que la historia tiene un sentido, un sentido que abraza to-

Bendición Urbi et Orbi del Papa

El mensaje previo a la bendición Urbi et Orbi

El camino de la paz y de la vida en medio de la guerra y la muerte

«La tumba de Jesús está abierta y vacía.... Por ese sepulcro vacío pasa el camino nuevo, el camino que ninguno de nosotros, sino sólo Dios, podía abrir: el camino de la vida en medio de la muerte, de la paz en medio de la guerra, de la reconciliación en medio del odio, de la fraternidad en medio de la enemistad»: este es «el descubrimiento de la mañana de Pascua» que el Papa Francisco relanzó en su mensaje Urbi et Orbi, pronunciado a mediodía del 31 de marzo, Domingo de Pascua en la Resurrección del Señor, desde la logia central de la basílica vaticana, dirigiéndose a los sesenta mil presentes en la plaza de San Pedro -entre fieles romanos y peregrinos llegados de todas las latitudes con motivo de las fiestas pascales- y a quienes le escuchaban a través de la radio, la televisión y otros medios de comunicación. Previamente, el Pontífice había celebrado la Misa del día de la solemnidad en la parvis de la basílica, que comenzó con el rito del "Resurrexit". A continuación publicamos el texto del mensaje pascual dirigido por el Santo Padre a la ciudad y al mundo.

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Pascua!

Hoy resuena en todo el mundo el anuncio que salió hace dos mil años desde Jerusalén: "Jesús Nazareno, el Crucificado, ha resucitado" (cf. Mc 16,6).

La Iglesia revive el asombro de las mujeres que fueron al sepulcro al amanecer del primer día de la semana. La tumba de Jesús había sido cerrada con una gran piedra; y así también hoy hay rocas pesadas, demasiado pesadas, que cierran las esperanzas de la humanidad: la roca de la guerra, la roca de las crisis humanitarias, la roca de las violaciones de los derechos humanos, la roca del tráfico de personas, y otras más. También nosotros, como las mujeres discípulas de Jesús, nos preguntamos unos a otros: "¿Quién nos correrá estas piedras?" (cf. Mc 16,3).

Y he aquí el gran descubrimiento de la mañana de Pascua: la piedra, aquella piedra tan grande, ya había sido corrida. El asombro de las mujeres es nuestro asombro.

La tumba de Jesús está abierta y vacía. A partir de ahí comienza todo. A través de ese sepulcro vacío pasa el camino nuevo, aquel que ninguno de nosotros sino sólo Dios pudo abrir: el camino de la vida en medio de la muerte, el camino de la paz en medio de la guerra, el camino de la reconciliación en medio del odio, el camino de la fraternidad en medio de la enemistad.

Hermanos y hermanas, Jesucristo ha resucitado, y sólo Él es capaz de quitar las piedras que cierran el camino hacia la vida. Más aún, Él mismo, el Viviente, es el Camino; el Camino de la vida, de la paz, de la reconciliación, de la fraternidad. Él nos abre un pasaje que humanamente es imposible, porque sólo Él



quita el pecado del mundo y perdona nuestros pecados. Y sin el perdón de Dios esa piedra no puede ser removida. Sin el perdón de los pecados no es posible salir de las cerraduras, de los prejuicios, de las sospechas recíprocas o de las presunciones que siempre absuelven a uno mismo y acusan a los demás. Sólo Cristo resucitado, dándonos el perdón de los pecados, nos abre el camino a un mundo renovado.

Sólo Él nos abre las puertas de la vida, esas puertas que cerramos continuamente con las guerras que proliferan en el mundo. Hoy dirigimos nuestra mirada ante todo a la Ciudad Santa de Jerusalén, testigo del misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, y a todas las comunidades cristianas de Tierra Santa. Mi pensamiento se dirige principalmente a las víctimas de tantos conflictos que están en curso en el mundo, comenzando por los de Israel y Palestina, y en Ucrania. Que Cristo resucitado abra un camino de paz para las martirizadas poblaciones de esas regiones. A la vez que invito a respetar de los principios del derecho internacional, hago votos por un intercambio general de todos los prisioneros entre Rusia y Ucrania: ¡todos por todos!

Además, reitero el llamamiento para que se garantice la posibilidad del acceso de ayudas humanitarias a Gaza, exhortando nuevamente a la rápida liberación de los rehenes secuestrados el pasado 7 de octubre y a un inmediato alto el fuego en la Franja.

No permitamos que las hostilidades en curso continúen afectando gravemente a la población civil, ya de por sí extenuada, y principalmente a los niños. Cuánto sufrimiento vemos en los ojos de los niños: ¡han olvidado de sonreír esos niños en aquellas tierras de guerra! Con su mirada nos preguntan: ¿por qué? ¿Por qué tanta muerte? ¿Por qué tanta destrucción? La guerra es siempre un absurdo, la guerra es siempre una derrota. No permitamos que los vientos de la guerra soplen cada vez

más fuertes sobre Europa y sobre el Mediterráneo. Que no se ceda a la lógica de las armas y del rearme. La paz no se construye nunca con las armas, sino tendiendo la mano y abriendo el corazón.

Hermanos y hermanas, no nos olvidemos de Siria, que lleva trece años sufriendo las consecuencias de una guerra larga y devastadora. Muchísimos muertos, personas desaparecidas, tanta pobreza y destrucción esperan respuestas por parte de todos, también de la Comunidad internacional.

Mi mirada se dirige hoy de modo especial al Líbano, afectado desde hace tiempo por un bloqueo institucional y por una profunda crisis económica y social, agravados ahora por las hostilidades en la frontera con Israel.

Que el Resucitado consuele al amado pueblo libanés y sostenga a todo el país en su vocación a ser una tierra de encuentro, convivencia y pluralismo.

Mi pensamiento se orienta en particular a la Región de los Balcanes Occidentales, donde se están dando pasos significativos hacia la integración en el proyecto europeo. Que las diferencias étnicas, culturales y confesionales no sean causa de división, sino fuente de riqueza para toda Europa y para el mundo entero.

Asimismo, aliento las conversaciones entre Armenia y Azerbaiyán para que, con el apoyo de la Comunidad internacional, puedan proseguir el diálogo, ayudar a las personas desplazadas, respetar los lugares de culto de las diversas confesiones religiosas y llegar cuanto antes a un acuerdo de paz definitivo.

Que Cristo resucitado abra un camino de esperanza a las personas que en otras partes del mundo sufren a causa de la violencia, los conflictos y la inseguridad alimentaria, como también por los efectos del cambio climático. Que el Señor dé consuelo a las víctimas de cualquier forma de terrorismo. Recemos por los que han perdido la vida e imploramos el arrepentimiento y la

conversión de los autores de estos crímenes. Que el Resucitado asista al pueblo haitiano, para que cese cuanto antes la violencia que lacera y ensangrienta el país, y pueda progresar en el camino de la democracia y la fraternidad.

Que conforte a los Rohinyá, afligidos por una grave crisis humanitaria, y abra el camino de la reconciliación en Myanmar, país golpeado desde hace años por conflictos internos, para que se abandone definitivamente toda lógica de violencia.

Que el Señor abra vías de paz en el continente africano, especialmente para las poblaciones exhaustas en Sudán y en toda la región del Sahel, en el Cuerno de África, en la región de Kivu en la República Democrática del Congo y en la provincia de Cabo Delgado en Mozambique, y ponga fin a la prolongada situación de sequía que afecta a amplias zonas y provoca carestía y hambre. Que el Resucitado haga resplandecer su luz sobre los migrantes y sobre todos aquellos que están atravesando un período de dificultad económica, brindándoles consuelo y esperanza en los momentos de necesidad.

Que Cristo guíe a todas las personas de buena voluntad a unirse en la solidaridad, para afrontar juntos los numerosos desafíos que conciernen a las familias más pobres en su búsqueda de una vida mejor y de la felicidad.

En este día en que celebramos la vida que se nos da en la resurrección del Hijo, recordamos el amor infinito de Dios por cada uno de nosotros, un amor que supera todo límite y toda debilidad.

Y, sin embargo, con cuánta frecuencia se desprecia el don precioso de la vida. ¿Cuántos niños ni siquiera pueden ver la luz? ¿Cuántos mueren de hambre o carecen de cuidados esenciales o son víctimas de abusos y violencia? ¿Cuántas vidas se compran y se venden por el creciente comercio de seres humanos?

Hermanos y hermanas, en el día en que Cristo nos ha liberado de la esclavitud de la muerte, exhorto a cuantos tienen responsabilidades políticas para que no escatimen esfuerzos en combatir el flagelo de la trata de seres humanos, trabajando incansablemente para desmantelar sus redes de explotación y conducir a la libertad a quienes son sus víctimas. Que el Señor consuele a sus familias, sobre todo a las que esperan ansiosamente noticias de sus seres queridos, asegurándoles conforto y esperanza.

Que la luz de la resurrección ilumine nuestras mentes y convierta nuestros corazones, haciéndonos conscientes del valor de toda vida humana, que debe ser acogida, protegida y amada.

¡Feliz Pascua a todos!

En África ecuatorial, las misiones femeninas de las Siervas de María

Las Hermanas del Manto Siervas de María trabajan en el continente africano desde hace más de un siglo. La Hermana Noretta Zecchinon, Superiora General, relata su misión y dice: "Siempre me llama la atención que, como dice también el Papa, la columna vertebral de la economía de las familias en África la constituyen las mujeres".

MARIA MILVIA MORCIANO

El año pasado se cumplió el centenario de las primeras misiones de las Hermanas del Manto Siervas de María en lo que ahora se llama eSwatini y antes se llamaba Suazilandia. En Uganda, en cambio, la congregación está presente desde el año 2000, es decir, bastante recientemente.

Sor Noretta Zecchinon, Superiora General de las Hermanas del Manto Siervas de María, describe las actividades de la congregación y esboza la situación social en Uganda, desde el punto de vista de la condición de la mujer. "Siempre me llama la atención que, como dice también el Papa, la columna vertebral de la economía de las familias en África la constituyen las mujeres. De media, en Uganda, cada mujer tiene siete hijos. Tenemos tres comunidades en el país. La más grande es Kisoga, en el distrito de Mukono. Empezamos a colaborar con los Padres Siervos de María, que nos invitaron para un trabajo pastoral que ya habían iniciado unos años antes. Algunas hermanas se han unido a nosotros como catequistas, como animadoras de la pastoral parroquial y también como profesoras".

La presencia de las Siervas de María sobre el terreno

En Uganda, como en la mayoría de los países africanos, el problema más acuciante es el sistema sanitario, a menudo inexistente. La Madre Superiora General prosigue: "Las hermanas han creado un pequeño dispensario, donde se ha abierto una maternidad, muy solicitada, al igual que la presencia de las hermanas en este tipo de cuidados". La hermana Noretta subraya lo importante que es que haya mujeres al lado de las mujeres que dan a luz. "Nos enfrentamos a la petición de ampliar este servicio de atención a las mujeres, especialmente a las que están a punto de ser madres". Las sirvientas de María hacen todo lo posible por ayudar a las mujeres a desarrollar sus habilidades, incluso de la forma más sencilla. "Hemos organizado un taller de costura y nos han pedido que pongamos a su disposición otro más pequeño, quizá de peluquería, para que puedan aprender un oficio. También es necesario que tengan los primeros conocimientos básicos de informática. Las perspectivas son ampliar el servicio, esta proximidad, para promocionar a la mujer y conseguir que realmente sea cada vez más protagonista y pueda a su vez sostener ella misma a la familia y la educación de los hijos", concluye la



Madre Superiora.

Alfabetización en la fe

"Reflexiono sobre lo que dijo el obispo de Manzini, en eSwatini, justo al final de la celebración del centenario: 'Cien años, ¿y ahora?'. Conversando con él, nos preguntamos: ¿qué alfabetización es más urgente? Ciertamente, en los países africanos y en otros lugares, la primera alfabetización sigue siendo necesaria: leer, escribir y contar, como se decía antiguamente. Pero creo que ahora, en todo el mundo, hay un analfabetismo de fe y de conocimiento de la fe cristiana que creo que debe vernos

en primer plano y utilizar todas nuestras fuerzas y capacidades precisamente para compartirlo y poner así en práctica lo que la Iglesia dice desde hace años, es decir, de la necesidad de una nueva evangelización", concluye la hermana Zecchinon.

El ejemplo de los mártires, faro de fe en Uganda

En Uganda, la congregación de las Siervas de María también se dedica a la formación de novicias. Una de las comunidades de Jinja, en el nacimiento del Nilo, se ocupa del noviciado y desde hace años hay un flujo continuo de chicas, no sólo de

Uganda, sino también del Congo, especialmente de algunas zonas fronterizas con Uganda y Kenia. "Estuve allí cuatro años y medio, y antes 19 años en eSwatini, y creo que en Uganda el hecho de que tuviéramos 22 mártires más otros en diferentes momentos, que sacrificaron sus vidas por la fe, es la razón de fondo por la que las familias locales se alegran si una de sus hijas expresa el deseo de ofrecerse al Señor. Hay casi un impulso en el país, y esto plantea la gran tarea del discernimiento".

#Sistersproject

Brasil: La experiencia de la Iglesia fortalece las políticas migratorias

El profundo trabajo en red que las instituciones católicas realizan con organizaciones de la sociedad civil y del Estado brasileño, hace que su contribución y su opinión sean altamente valoradas al momento de enfrentar los desafíos que impone la llegada de los migrantes.

FELIPE HERRERA-ESPALIAT, ENVIADO ESPECIAL A PORTO ALEGRE, BRASIL

La vasta experiencia de la Iglesia respecto de la situación migrante en el mundo se transforma en un excelente recurso cuando se trata de enfrentar la crisis migratoria actual. De hecho, así se vive en Brasil, donde diversos organismos eclesiales contribuyen sólidamente con el Estado para elaborar políticas públicas que respondan a los múltiples desafíos.

En el municipio de Porto Alegre, en el sur del país, en julio pasado se aprobó una nueva ley migratoria que beneficiará a más de 35 mil extranjeros que viven en la ciudad, garantizando, entre otros derechos, un acceso más fácil a la salud y a la educación. Esta nueva normativa fue impulsada por el concejal Roberto Robaina, para quien “lo más importante es la idea de combatir el racismo y tener una idea de hermandad internacional, porque las personas vinieron aquí por las terribles condiciones de sus países, por crisis sociales y políticas gigantescas”.

Pero en la tramitación de esta ley no solo se escuchó la voz de los miembros de la Cámara Municipal de Porto Alegre, sino que se contó con la valiosa contribución del Foro Permanente de Movilidad Humana, entidad que coordina diversas instituciones pro-migrantes. En él ha tenido activa participación la religiosa scalabriniana Claudete Rissini, quien insiste en la necesidad de trabajar en conjunto para sensibilizar al sector público, de modo que se reconozca a estas personas como sujetos de derechos. “Como Iglesia todavía percibimos cierta resistencia, pues hay quienes no quieren dar atención ni proporcionar un ambiente humanizado al migrante”, afirma la hermana Claudete.

El aporte de los mediadores interculturales

Una concreción importante de esta ley fue asegurar el financiamiento para el programa de mediadores interculturales que trabajan en el sector de la salud. Es un equipo de cinco personas de diversas procedencias lingüísticas que facilitan el acceso de los migrantes a todos los servicios sanitarios ejerciendo como vínculos entre los pacientes y los doctores.

Esto lo logran no solo a través de la traducción lingüística, sino que son capaces de decodificar todo el proceso de atención médica para hacerlo verdaderamente comprensible.

“Ha habido una gran sensibilización por parte de los profesionales de la salud, combatiendo la xenofobia y el racismo, entendiendo que ninguna persona es ilegal, y que todas las personas, sean nacionales o no, tienen derecho a acceder a la asistencia sanitaria”, explica con satisfacción Rita Buttes, responsable municipal de la salud de los migrantes.

Beneficiarios recurrentes de este servicio son los más de 40 miembros de la familia Rivero. Son un clan de la tribu warao de Venezuela, que se asentó en el barrio de Camaquã de Porto Alegre en 2020 tras dejar su hogar en Barrancas, un pueblo del Estado de Monagas. Allí los precios de los productos básicos se habían disparado y apenas encontraban alimen-



tos y medicamentos. “Los indígenas andamos juntos, no nos separamos. También comemos y bailamos juntos”, puntualiza Rodolfo Rivero para explicar por qué fue todo el clan el que se desplazó 4.700 kilómetros hasta su actual lugar de residencia en Brasil, donde encontraron una vida mucho más llevadera.

El mediador intercultural Gabriel Lizarraga ha visitado a esta familia warao en diversas ocasiones en su hogar o ha ido junto a algunos de ellos hasta los centros de atención sanitaria. “Acompañamos a las personas a las consultas médicas para darles confianza, porque a veces sienten vergüenza, ya que no logran hablar ni comprender el portugués”, detalla Lizarraga. Así, el apoyo que dan a los migrantes ya sea en español, creole haitiano, inglés o francés, contribuye a que nadie deje de recibir una atención apropiada por una barrera de lenguaje o cultura.

Esteio, ciudad modelo

16 kilómetros al norte de Porto Alegre se encuentra Esteio, una ciudad de poco más de ochenta mil habitantes, liderada actualmente por un joven alcalde que ha impulsado fuertes medidas de acogida a los migrantes. Mientras en las urbes vecinas los afuerinos se perciben como amenaza, en Esteio la población percibe positivamente a los migrantes, valorando especialmente su mano de obra que fortalece el mundo laboral. Su inclusión ha sido tan exitosa, que en las escuelas públicas ahora se enseña español, para que también los brasileños se enriquezcan con la lengua más habitual entre los nuevos conciudadanos.

“Tenemos buenos socios, muchas organizaciones públicas y de la sociedad civil que contribuyen a esta labor, y hay también compromiso comunitario. La comunidad entendió la importancia de este trabajo y da su contribución de diversas formas, ya sea a través del voluntariado, por medio de donaciones, o ayudando en las acciones para generar empleos”, destaca el alcalde Leonardo Pascoal.

Espacio Mundo se llama uno de los varios proyectos que funcionan en la prefectura de Esteio para promover y fortalecer la inclusión de migrantes. En un recinto dedicado especialmente para ellos, puedan desarrollar actividades propias y recibir orientación para acceder a los servicios del municipio. Además, movidos por un espíritu de crear alianzas estratégicas, desde Espacio Mundo se les vincula con decenas de otras instituciones, entre las que destaca el Cibai, centro de los religiosos scalabrinianos que desde hace más de siete décadas se dedica a los migrantes en Porto Alegre. Allí saben que la respuesta a los retos que impone la migración exige una coordinación eficiente entre todas las entidades que buscan acogerlos e integrarlos.

“Nosotros, como scalabrinianos, que tenemos el carisma de vivir y trabajar por los migrantes, buscamos involucrar a otras organizaciones, ya sea a nivel eclesial como de la sociedad civil y los gobiernos”, asegura el padre Alexandre De Nardi, superior regional de los scalabrinianos para América del Sur. Así, uniendo esfuerzos públicos, privados y eclesiales, todos han comprendido que, pese a tener objetivos similares, la fuerza no la obtienen en competir, sino en compartir la única misión de responder a la gigantesca movilidad humana que hoy desafía al mundo.

#Voiceofmigrants

Panamá celebra sus 100 años de relaciones bilaterales con la Santa Sede

Monseñor Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, viajó a Panamá para celebrar el centenario de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Invitado por la Ministra de Relaciones Exteriores del país, Janaina Tewaney Mencomo.

La visita al Centro de Acogida de Migrantes de Lajas Blancas

En su primer día de viaje, Gallagher, acompañado por la Canciller, se dirigió hacia Darién, donde se extiende la selva fronteriza con Colombia y Panamá, que se ha convertido en una ruta clave para todos los migrantes que se dirigen a EE.UU.

Encuentro con las autoridades y la comunidad católica

La ministra de Relaciones Exteriores de Panamá, Janaina Tewaney Mencomo, recibió en la sede del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Panamá el día 3 de abril a Su Excelencia Monseñor Paul Richard Gallagher, en el marco del centenario de las relaciones diplomáticas entre Panamá y Santa Sede. En reunión ampliada sostenida por ambas autoridades, abordaron temas sobre la situación de migración irregular por la selva del Darién, también, se plantó un árbol de olivo, donado por el Governatorato de la Ciudad del Vaticano. Este árbol es



emblemático de Jesús, quien solía reunirse y orar con sus discípulos en un lugar conocido como Getsemaní, situado en el "Monte de los Olivos", y simboliza el primer centenario de nuestras relaciones diplomáticas. La reunión presidida por la Canciller Tewaney Mencomo, estuvo conformada además

por el Vicecanciller, Vladimir Franco; la Embajadora de Panamá ante la Santa Sede, Miroslava Rosas. La delegación de la Santa Sede fue dirigida por el Monseñor Paul R. Gallagher, Secretario para las Relaciones de la Santa Sede con los Estados y los Organismos Internacionales; Francisco Díaz



Tenza, Oficial para las Relaciones con los Estados y los Organismos Internacionales; Monseñor Dagoberdo Campos, Nuncio Apostólico, y el Reverendo Padre Linku L. Gomes, Secretario de la Nunciatura. Posteriormente, sostuvo una audiencia de cortesía con el Presidente de la República, Laurentino Cortizo Cohen.

A continuación, una Lectio Magistralis en la Universidad Católica Santa María La Antigua. El 4 de abril, ha tenido lugar el encuentro de Gallagher con la comunidad católica panameña. La última cita ha sido la celebración en la catedral de la capital panameña.

Pascua con los migrantes en el Darién

La visita de S.E Mons Gallagher corona el reciente evento llamado "Pascua con nuestros hermanos migrantes" que se realizó en colaboración con las Conferencias Episcopales de Panamá, Colombia y Costa Rica; la Red Eclesial Latinoamericana y Caribeña de Migración, Desplazamiento, Refugio y Trata de Personas (Red CLAMOR); comisiones locales de Pastoral Social de Cáritas y Movilidad Humana y el Vicariato Apostólico de Darién, entre otros.

El programa de la iniciativa incluyó también la visita y un momento de oración en el Campo de acogida de Lajas Blancas, en las afueras de la selva de Darién, en donde viven alrededor de 3.000 migrantes.

Diferentes propuestas de trabajo pastoral con enfoque regional surgieron en este espacio, entre ellos: formación de agentes pastorales en temas de movilidad humana, transversalización de la realidad de la movilidad humana en los planes de pastoral diocesanos,

concientización con miembros de la Iglesia sobre el deber cristiano de acoger, proteger, promover e integrar a estos hermanos; estrategias de información a personas que consideran migrar por rutas irregulares sobre los riesgos a los que se exponen, e incidencia social y política en favor de la protección de sus derechos humanos y garantías para su desarrollo. Todo, a la luz del Evangelio y guiados por la Doctrina Social de la Iglesia.

Para Monseñor José Domingo Ulloa Mendieta, Arzobispo Metropolitano de Panamá;

"Estamos ante un proceso de degradación de la vida, los migrantes en su recorrido son víctimas de estructuras y grupos criminales hasta de carácter transnacional, que hacen de la desesperación de nuestros hermanos su negocio y profanan la dignidad de hombres y mujeres a través de la trata de personas y muchas otras prácticas que ofenden indignan y avergüenzan. Exhortamos de modo respetuoso

pero enérgico, a las autoridades competentes para que respeten los derechos fundamentales de migrantes y refugiados tanto en el tránsito, como en el momento que deciden asentarse en sus países y que atiendan a su vocación de crear políticas públicas, tanto a nivel local como regional que permitan la integración social Económica y cultural a las comunidades de llegada de los migrantes, a derribar muros legales, físicos y simbólicos de injusticia y de falta de solidaridad para construir un continente latino y caribeño, cada vez más humano, más equitativo más cordial y más hospitalario.

En este sentido consideramos que la ayuda humanitaria que brinda la Iglesia a lo largo de la región, no elimina nuestra exigencia profética para alcanzar juntos la iglesia, sociedad, organizaciones y autoridades, la justicia social, la cual garantiza el derecho a decidir si quedarse o migrar".

Conscientes que esta realidad supera a la Iglesia, ratificaron también la necesidad de articularse



con otros actores e instituciones que trabajen por el bienestar de las personas migrantes y refugiadas. Esto, permitirá potenciar la misión y evitar la duplicación de esfuerzos o recursos.

Otras estrategias de implementación interdiocesana e intereclesial, con enfoque espiritual, investigativo, formativo y psicosocial, también surgieron en el espacio.

Están convencidos que esta situación requiere un abordaje sinodal.

Por ello, también propusieron la creación de una comisión que de alcance y seguimiento al trabajo proyectado en el encuentro.

En la catequesis continuando sus reflexiones sobre las virtudes, el Pontífice habla de la paciencia como “vitamina esencial para seguir adelante”

Cristianos a contracorriente en un mundo dominado por la prisa



“Ir contracorriente respecto a la mentalidad generalizada de hoy, en la que dominan la prisa y el ‘todo inmediatamente’”: es lo que pidió el Papa Francisco a los cristianos en su audiencia general de la mañana del 27 de marzo, Miércoles Santo, en el Aula Pablo VI. Continuando con el ciclo de catequesis sobre los vicios y las virtudes, el Pontífice habló de la paciencia, o mejor dicho, “la resistencia a lo que se sufre: no por casualidad” el término “tiene la misma raíz que ‘pasión’”, explicó.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy la audiencia estaba prevista en la Plaza, pero debido a la lluvia se ha trasladado al interior. Es cierto que estarán un poco apretados, ¡pero al menos no estaremos mojados! Gracias por su paciencia.

El domingo pasado escuchamos el relato de la Pasión del Señor. A los sufrimientos que padece, Jesús responde con una virtud que, aunque no se contemple entre las tradicionales, es muy importante: la paciencia. Esta se refiere a soportar lo que se padece: no es casualidad que paciencia tenga la misma raíz que pasión. Y precisamente en la Pasión se manifiesta la paciencia de Cristo, que con docilidad y mansedumbre acepta ser abofeteado y condenado injustamente; ante Pilato no recrimina; soporta los insultos, los salvazos y la flagelación a manos de los soldados; carga con el peso de la cruz; perdona a quienes lo clavan al madero; y en la cruz no responde a las provocaciones, sino que ofrece misericordia. Esta es la paciencia de Jesús. Todo esto nos dice que la paciencia de Jesús no consiste en una resistencia estoica al sufrimiento, sino que es fruto de un amor más grande.

El apóstol Pablo, en el llamado “Himno a la caridad” (cf. *1 Co* 13,4-7), une estrechamente amor y pa-

ciencia. En efecto, al describir la primera cualidad de la caridad, utiliza una palabra que se traduce por “magnánima” o “paciente”. La caridad es magnánima, es paciente. Ella expresa un concepto sorprendente, que reaparece a menudo en la Biblia: Dios, ante nuestra infidelidad, se muestra “lento a la cólera” (cf. *Ex* 34,6; cf. *Nm* 14,18): en lugar de desatar su cólera ante el mal y el pecado del hombre, se revela más grande, dispuesto cada vez a recomenzar con infinita paciencia. Este es para Pablo el primer rasgo del amor de Dios, que ante el pecado propone el perdón. Pero no sólo eso: es el primer rasgo de todo gran amor, que sabe responder al mal con el bien, que no se encierra en la rabia y el desaliento, sino que persevera y se relanza. La paciencia que recomienza. Así que, en la raíz de la paciencia está el amor, como dice San Agustín: «El justo es tanto más fuerte para tolerar cualquier aspereza cuanto mayor es, en él, el amor de Dios» (*De patientia*, XVII).

Se podría decir entonces que no hay mejor testimonio del amor de Cristo que encontrarse con un cristiano paciente. ¡Pensemos también en cuantas madres y padres, trabajadores, médicos y enfermeras, enfermos, cada día, en secreto, embellecen el mundo con santa paciencia! Como dice la Escritura, «la paciencia es mejor que la fuerza de un héroe» (*Pr* 16,32). Sin embargo, debemos ser honestos: a menudo carecemos de paciencia. En lo cotidiano somos impacientes, todos. Necesitamos la paciencia como la “vitamina esencial” para salir adelante, pero instintivamente nos impacientamos y respondemos al mal con el mal: es difícil mantener la calma, controlar nuestros instintos, refrenar las malas respuestas, apla-

car las peleas y los conflictos en la familia, en el trabajo, en la comunidad cristiana. Inmediatamente viene la respuesta, no somos capaces de ser pacientes.

Recordemos, sin embargo, que la paciencia no es sólo una necesidad, sino una llamada: si Cristo es paciente, el cristiano está llamado a ser paciente. Y esto exige ir a contracorriente respecto a la mentalidad generalizada de hoy, en la que dominan la prisa y el “todo ahora”; en la que, en lugar de esperar a que las situaciones maduren, se se fuerza a las personas, esperando que cambien al instante. No olvidemos que la prisa y la impaciencia son enemigas de la vida espiritual. ¿Por qué? Dios es amor, y quien ama no se cansa, no se irrita, no da ultimátums, sino que sabe esperar. Pensemos en la historia del Padre misericordioso, que espera a su hijo que se ha ido de casa: sufre con paciencia, impaciente solamente de abrazarlo apenas lo ve volver (cf. *Lc* 15, 21); o en la parábola del trigo y la cizaña, con el Señor que no tiene prisa en erradicar el mal antes de tiempo, para que nada se pierda (cf. *Mt* 13, 29-30). La paciencia nos lo salva todo.

Pero, hermanos y hermanas, ¿cómo se hace para acrecentar la paciencia? Al ser, como enseña san Pablo, un fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5, 22), hay que pedírsela al Espíritu de Cristo. Él nos da la fuerza mansa de la paciencia – la paciencia es una fuerza mansa, porque “es propio de la virtud cristiana no sólo hacer el bien, sino también saber soportar los males” (San Agustín, *Discursos*, 46, 13). Especialmente en estos días, nos hará bien contemplar al Crucificado para asimilar su paciencia. Un buen ejercicio es también llevarle las

personas más molestas, pidiéndole la gracia de poner en práctica con ellas esa obra de misericordia tan conocida como desatendida: soportar pacientemente a las personas molestas. Y no es fácil. Pensemos si hacemos esto: soportar con paciencia a las personas molestas. Se empieza por pedir que podamos mirarlas con compasión, con la mirada de Dios, sabiendo distinguir sus rostros de sus defectos. Tenemos la costumbre de clasificar a las personas por los errores que cometen. No, esto no es bueno. ¡Busquemos a las personas por su rostro, por su corazón y no por sus errores!

Por último, para cultivar la paciencia, virtud que da aliento a la vida, conviene ampliar la mirada. Por ejemplo, no hay que limitar el mundo a nuestros problemas; la Imitación de Cristo nos invita: «Es preciso, por tanto, que te acuerdes de los sufrimientos más graves de los demás, para que aprendas a soportar los tuyos, pequeños». Recuerda también que «no hay cosa, por pequeña que sea, que se soporte por amor de Dios, que pase sin recompensa delante de Dios» (III, 19). Y, además, cuando nos sentimos prisioneros en la prueba, como nos enseña Job, es bueno abrirnos con esperanza a la novedad de Dios, en la firme confianza de que Él no deja defraudadas nuestras expectativas. La paciencia es saber soportar los males.

Y hoy aquí, en esta audiencia, hay dos personas, dos padres: uno israelí y uno árabe. Ambos han perdido a sus hijas en esta guerra y ambos son amigos. No miran la enemistad de la guerra, sino la amistad de dos hombres que se quieren y que han pasado por la misma crucifixión. Pensemos en este testimonio tan hermoso de estas dos personas que sufrieron en sus hijas la guerra en Tierra Santa. ¡Queridos hermanos, gracias por su testimonio!

La paz como don de Dios en Pascua, especialmente para Ucrania y para Israel y Palestina fue invocada por el Papa al final de la catequesis, saludando a los grupos de fieles presentes. La audiencia general terminó con el canto del Pater noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, de manera especial a los participantes en el Encuentro UNIV 2024. Los invito a vivir estos días santos contemplando a Cristo crucificado, que con su ejemplo nos enseña a amar y a ser pacientes, en la espera gozosa de la Resurrección. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.